

quiere decir martillo. Es un nombre que se dió, en primer lugar, a la estirpe del sacerdote Matatías, y por extensión a todos los que la imitaron en su fidelidad heroica a las tradiciones religiosas de la nación.

Dirigidos por Judas, el primogénito de Matatías, los puros declaran a la vez la guerra a los judíos helenizantes y a su protector el rey asiático, y en una serie de campañas triunfales se hacen dueños del país, destruyen las guarniciones extranjeras y machacaban los ejércitos de Antiocho. Durante quince años Judas impone desde Jerusalén el imperio de la ley mosaica, contando las victorias por el número de las batallas, rechazando a los más expertos generales y castigando la apostasía de los cobardes. Al fin sucumbe abrumado por el número. En el otoño del año 152, el ejército del general Baquides, compuesto de 22.000 hombres y 2.000 caballos, avanza contra él y le presenta batalla. Los suyos, que no llegan a 1.000 hombres, le aconsejan que huya y aguarde una ocasión más propicia. «No podemos oscurecer así nuestra gloria», contesta él, y ordena el ataque. Desbarata el ala derecha del enemigo y la persigue hasta Ayoto, pero el ala izquierda carga sobre él y le aniquila.

La lucha prosigue dirigida ahora por su hermano Jonatás, tan hábil político como capitán experto, que venga a su hermano, derrotando a Baquides, y desde su fortaleza de Machuras «gobierna al pueblo durante siete años, y hace desaparecer a los impíos», y muere al fin víctima de una emboscada. Toma entonces las riendas del gobierno el tercero de los hermanos, Simón, que expulsa de Jerusalén la guarnición enemiga, consolida la independencia del pueblo judío, entra en negociaciones con Roma y con Esparta y, aunque vícti-

ma también él de una celada, hurdida por su propio yerno, deja el mando a su hijo Juan, que con el nombre de Juan Hircano, será el tronco de una dinastía y comenzará su reinado castigando a los asesinos.

Como se ve, el fin principal de este libro es contar hechos, hechos duros, amargos, gloriosos y vergonzosos. Se les cuenta con exactitud y con fidelidad, y, aunque al fin de ellos surge pujante la libertad religiosa y en la medida de lo posible la autonomía política del país, el autor los recuerda sin detenerse en consideraciones morales, ni en arranques de entusiasmo patriótico, poniendo toda la elocuencia en el relato mismo. No falta ciertamente un íntimo hálito religioso, ni está ausente tampoco el sentimiento de la Providencia divina, aunque se la descubra sencillamente en la relación de los sucesos y de las cualidades de valor, de sacrificio y de habilidad de los héroes macabeos, sin que jamás aparezca reflejada en manifestaciones milagrosas como en el segundo libro.

San Jerónimo nos dice que esta obra se escribió en hebreo, y que tuvo en sus manos el original, a pesar de lo cual no fué admitido el canon pabitiniano de los judíos. Josefo le consideró como una fuente de primer orden y le utilizó ampliamente en sus obras. Nada sabemos de su autor, aunque parece evidente que vivía en Palestina, en tiempo de Juan Hircano, y, por tanto, poco después de los sucesos que narra con exactitud ejemplar. Hasta es posible que la iniciativa del hijo último de Macabeo no sea ajena a su composición.

Aspecto doctrinal y edificante.

De los cuatro libros, la Iglesia sólo ha recogido en su canon el primero y el segundo.